

INTRODUCCIÓN A LA VIOLENCIA EN COLOMBIA, TOMO II¹

*Yo soy el Señor de cielo y tierra que visitó la maldad
de los padres sobre los hijos, sobre los terceros y sobre
los cuartos, de los que me aborrecen.*

La Biblia

Dieciocho meses han pasado desde la publicación del primer tomo de la serie *La violencia en Colombia*, iniciada por la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional en un esfuerzo por explicar hechos de importancia nacional y para seguir creando una escuela sociológica sembrada en las realidades colombianas. Ha sido un período de intensa discusión y examen del problema planteado, con diversos intentos prácticos para combatir el flagelo nacional.

Las incidencias de estos meses nos destacan varios hechos de alguna importancia. En primer lugar, que es indudable en el país el afán perentorio de alcanzar las soluciones adecuadas para el problema de la violencia. Con mayores luces aportadas sobre el

¹ Texto extraído de *La violencia en Colombia*, tomo II, Madrid, Taurus, 2008, pp.

asunto por diversas publicaciones, entre ellas la de la Facultad de Sociología, con mayor experiencia en el manejo de la política preventiva y represiva y de la guerra de guerrillas por parte del gobierno, y por ajustes y adaptaciones autónomas a que la sociedad ha debido llegar por sí sola en el curso del tiempo, se ha registrado una disminución de la incidencia de hechos violentos específicos, con relación a 1957, llegando el proceso otra vez a una etapa de equilibrio, la tercera tregua en su historia, que ojalá sea la final y permanente.

Pero aunque se tienda a ser optimista y se haya proclamado que Colombia está a punto de terminar con la Violencia (tales expresiones públicas parecen ser un rito anual), la realidad es que ésta ha tenido —y seguirá teniendo por un tiempo— nuevos brotes en los antiguos sitios castigados y en algunos antes no afectados, con las inevitables y dolorosas consecuencias en cuanto a la economía, el desarrollo social, la tranquilidad y el progreso nacionales. Los mapas incluidos en este volumen son ilustrativos de la situación a que se hace referencia. Hay que tomar nota de estos hechos y no subestimarlos porque, como con el cáncer, un solo caso redivivo de la Violencia real que ha afectado al país puede contagiar al resto del cuerpo aparentemente sano. Se sabe que en algunas partes hay expresiones seudorrevolucionarias e idealistas, y anarquistas a veces ante el robo, la exacción, la venganza sanguinaria.

Pero la violencia abierta, cuyo retroceso puede quedar registrado en las estadísticas oficiales, va dando paso a otra más sutil y peligrosa, por ser subterránea. En muchas regiones donde parece muerta, la violencia sigue viva en forma latente, lista a expresarse por cualquier motivo, como las brasas que al revolverse llegan a encenderse. Esta modalidad es peligrosa, por sus imprevisibles expresiones: en efecto, bien puede observarse en la muerte por equivocación de adolescentes disfrazados de bandoleros que habían asistido a una fiesta en Bucaramanga; en la histeria que provocan en ciertos pueblos hasta los rumores infundados sobre proximidad de bandas armadas; en los relatos que empiezan a tejerse sobre antisociales que bajan a las localidades y se mezclan

libremente con los ciudadanos; y sobre todo en la certeza parecida a la espada colgante de Damocles de que cualquier acto imprudente o muerte de personas estratégicas en el pueblo podría desencadenar de nuevo toda la tragedia inicial.

En muchas regiones rurales existe una paz insegura, la paz del silencio cómplice, que se mantiene como cobra hipnotizando al campesino temeroso de variar el *statu quo*, temeroso, porque piensa que al hacerlo no irá hacia adelante, hacia la renovación revolucionaria o hacia el bienestar que ansía, sino que va a retroceder a los días de masacre y sufrimiento. Y todavía, aunque quisiera olvidar el pasado, no puede hacerlo, porque el ambiente mismo lleva a recordarlo en ritos masoquistas. El campesino se anonada entonces, perdiendo su risueña filosofía de la vida y su confianza en instituciones básicas como la Iglesia y el Estado o los partidos, y en los personeros tradicionales de ellas. A falta de liderazgo raizal que sea genuinamente altruista y servicial y que no le tema al sacrificio por la colectividad, el afán de cambio que subsiste va tomando entonces el camino contraproducente de la apatía política, que casi siempre es como la primera escena tensa de un drama agitado. Como muerto en vida, el campesino fustigado por la violencia latente al mismo tiempo va acumulando las frustraciones y decepciones implícitas en el proceso, proceso que teóricamente debe llegar a la saturación.

Puede estarse gestando así una nueva violencia, la del estallido de los oprimidos y de los indigentes a quienes no se les hace justicia. Son los que han perdido la fe en las instituciones, y que como no la tienen, al estallar no podrán encontrar un cauce normal que les contenga. Ha quedado de esta forma vivo el rescoldo y abiertas las úlceras, bajo una capa traicionera de cenizas en apariencia apagadas. La potencialidad de la agresividad permanece constante, detrás del antifaz de morosidad y abulia.

La situación parece acercarse cada vez más a la que por varios siglos ha diezmado los campos de Sicilia, o a la que ha hecho esporádica irrupción en partes de España, Brasil y Grecia. A veces se oye el rumor asordinado de clandestinas preparaciones bélicas. Ello es entendible, porque no se han corregido aún los defectos

básicos de la estructura social nacional que según el tomo I son causa de la violencia, y que al subsistir la alimentan.

En el presente volumen, el lector hallará nuevos argumentos que deberán hacerlo meditar sobre por qué continúa el fenómeno. En primer lugar, el doctor Eduardo Umaña pone el dedo sobre la llaga de nuestra juventud abandonada, especialmente la que es oriunda de las áreas azotadas. Es obvio que en sucesivas generaciones se han venido incubando tendencias y actitudes que llevan a repetir el ciclo violento, así sea por *vendettas* familiares, políticas, religiosas o económicas, o por simple sevicia o robo. Pero la solución se posterga o va tan lentamente, que la justicia “del Señor de cielo y tierra” se cumple al reducirse los recursos dedicados a “curar” nuestra niñez y juventud, víctimas de una situación que crearon sus padres.

Nos enseña también el doctor Umaña que los grupos en armas no anduvieron caóticamente, sino que produjeron sus propias normas, expidiendo estatutos que son altamente interesantes por haber surgido de la colectividad en respuesta a necesidades reales y basados muchas veces en instituciones autónomas. Inmensa lección de derecho vivo que merece la atención del mundo docto europeizante y semiartificial de las ciudades y de los centros universitarios.

De igual forma se destacan los argumentos ofrecidos por monseñor Germán Guzmán Campos, cuya historia llega hasta 1962. Nos presenta él nuevamente la compleja etiología del fenómeno, ampliando su información con datos culturales del mayor valor y ofreciendo algunas recomendaciones sobre terapéutica. Hay mucho que meditar sobre lo escrito por el eminente sacerdote; y mucho que salvar para que veamos disminuir la tragedia de nuestro pueblo campesino.

Durante estos 18 meses, mediante la publicación del primer tomo, se realizó también un importante sondeo de la opinión directiva nacional, especialmente la periodística, que bien merece un somero análisis, pues ayuda a explicar la sintomatología del país y a ampliar el enfoque de los capítulos incluidos en el presente volumen. Este análisis de la reacción producida por el libro,

anticipado y prometido precisamente en el prólogo del primer tomo, cae dentro del campo aún poco trillado de la sociología del conocimiento, a cuyos principios me remito.

Ante todo es pertinente recordar que uno de los fines principales del primer tomo de esta serie fue el de dar una campanada de alerta con relación a la violencia, para que una vez advertida la dinámica de la misma y sus dramáticas consecuencias, se produjera por lo menos una plataforma de acción para combatirla con armas más efectivas y racionales que las empleadas hasta entonces. Se esperaba que los dirigentes nacionales y los políticos de todos los partidos aceptaran la cuota de responsabilidad que en el libro se destaca como de todos los colombianos, sea por acción o por omisión, y sin distinguiendo de partido, de grupo o de institución.

Sin embargo, y de manera inesperada para los autores, la principal reacción al libro tuvo definidos lineamientos de partido y de intereses particulares o de grupo. El libro, que no fue escrito contra el Partido Conservador ni en defensa del Liberal, se interpretó parcialmente por algunos de sus personeros, perdiéndose así la perspectiva patriótica que se buscaba para erradicar la violencia. Otros, dejándose llevar por la polémica, también perdieron la generosa visión de la patria que se necesita para reconstruirla. De esta forma, al embotarse la razón y pensarse más en cuanto grupo o partido, se olvidó al país, y el problema común de la violencia no recibió la atención que merecía.

Pudo observarse claramente que en algunas fracciones políticas colombianas priman todavía valores tradicionales que tienden a echar por la borda la objetividad necesaria para examinar críticamente los problemas nacionales. Existe una tendencia emotiva que impide llegar al fondo de las cuestiones, tendencia que bien puede explicar no pocas de las fallas históricas y frustraciones nacionales de que hablara el profesor Luis López de Mesa. Por ello, en las escaramuzas que siguieron a la publicación del libro sobresale el afán de imputar a bandos opuestos la culpa de lo ocurrido, sin proceder a efectuar la necesaria autocrítica que, entre otras cosas, solicitaba el tomo. Las actitudes constructivas que quizás ingenuamente se esperaban con el libro, al actuar éste como una

vacuna contra la violencia, no se produjeron. Pero es interesante —y hasta cierto punto es motivo de esperanza— verificar que el consenso sobre lo horripilante y trágico de la violencia desatada en Colombia es tal, que ahora ningún grupo quiere que se le achaque la responsabilidad de haberla propiciado o comenzado.

No obstante, el libro alcanzó algunos resultados positivos que deben registrarse. En primer lugar, indudablemente, logró despertar la opinión pública como quizás ninguna otra publicación lo ha hecho en décadas recientes. Se oyó por un tiempo la “campanada de alerta” y muchas personas impresionadas por las descripciones del libro decidieron alistarse conscientemente en la campaña nacional contra la violencia, ofrecieron recursos, surgieron medicinas, animaron la resistencia a los desmanes y volvieron por los fueros del sufrido país. En segundo lugar, como se demostró en las sesiones del Senado al discutirse lo pertinente, el libro fue elemento clarificador de etapas históricas confusas, hecho que si no es bien apreciado hoy, lo será doblemente por las generaciones futuras. Y por último, la publicación fue de tal forma documentada y sugerente, que parece haber servido al Estado para concebir y ejecutar nuevos y más racionales planes, como el de desarrollo de comunidades y acciones educativas, cívicas, militares y particulares, que si se siguen aplicando con persistencia y técnica pueden ofrecer nuevas posibilidades de alivio para el problema de la violencia en algunas áreas.

Desgraciadamente, una vez amainada la tormenta político-literaria, luego de haberse proclamado otra vez lo demoníaco de la violencia, el país pareció volver a su nerviosa indiferencia respecto al más grave problema. Aunque en aparente retirada, la violencia sigue siendo cosa común, a la que los colombianos habremos de acostumbrarnos, creando personas abúlicas y muertos en vida en las regiones donde reina; y gentes egoístas, apáticas y miopes en las ciudades donde se creen lejos del flagelo.

Cuánto le cuesta a Colombia diariamente esta situación, es difícil de calcular. Lo más triste es verificar no sólo el despilfarro de la inteligencia y del esfuerzo campesino tan evidente en toda época, sino la forma como la situación le va quitando al elemen-

to rústico su intrínseca vitalidad para frustrarlo, enmohecer sus talentos y convertir en entes sin espíritu a este principal recurso del país. Y económicamente se siguen acumulando grandes pérdidas. Por eso es fácil concluir que no podrá crearse en Colombia un verdadero país —un país que se respete y que merezca el respeto de los demás—² mientras en él no se promueva y defienda la dignidad y la integridad del hombre, y mientras más valga el bienestar de un toro importado que la vida de un campesino o de un obrero.

I

La sociología del conocimiento, rica como es en teoría y en brillantes ensayos analíticos, apenas empieza a traducirse a estudios concretos que nos ilustren sobre la forma como se crea y preserva la cultura en cuanto a su dinámica propia. Una técnica conocida es la del análisis del contenido de publicaciones, que se basa en la incidencia de temas y subtemas, el empleo de conceptos, palabras y términos, la formación de imágenes públicas y la utilización de estereotipos dentro de la sociedad de masas. Algunos quieren contar con una buena serie de datos o respuestas para tratarlos estadísticamente y aplicarles los cómputos de correlación por rangos, pues las respuestas son susceptibles de clasificarse según su intensidad emotiva o afectiva y según su grado de intelectuali-

² El diario *The New York Times* del 9 de septiembre de 1963 presentó un detenido comentario sobre la violencia en Colombia que terminaba expresando la preocupación general de la comunidad de naciones por ese fenómeno y sugiriendo la conveniencia de apelar a la asistencia de organismos hemisféricos para combatirlo, aparentemente en vista al hecho de que los propios colombianos no habíamos podido hacerlo con éxito en 12 años. *El Tiempo* respondió cortésmente, aunque algo herido, que ello era asunto de la soberanía nacional (12 de septiembre de 1963).

No sería conveniente que el mundo —conocedor evidente del problema colombiano de la violencia— observara que el país no se preocupa por resolverlo. Como estudiarlo es una actitud positiva que indica afán patriótico de superación, los análisis serios de la violencia ayudan a formar una imagen internacional positiva de Colombia, y aunque parezca paradójico, favorable. Mostrar despreocupación por la violencia sí sería fatal para el prestigio moral y democrático del país.

dad, o por frecuencias. Otros utilizarían los datos (o comentarios) para obtener de ellos las especificaciones de la imagen provocada por el estímulo de una publicación.

Nuevas técnicas de análisis de contenido seguramente se están diseñando. Pero que sepamos, a muy pocas se les ha dado el enfoque histórico que en nuestra opinión es esencial para entender los procesos del conocimiento dentro del contexto sociológico. Este enfoque complementario se hace aún más indispensable cuando se trata de libros que, debido al impacto que han tenido sobre la sociedad o sobre el público interesado, pueden considerarse como trascendentes. De esta forma se desliga la encuesta de un ejercicio que tiene visos de ser meramente intelectual, o purista, para entender la conducta real de los grupos que se han estimulado por una publicación.

Para medir la trascendencia de un libro se cuenta con una serie de hipótesis presentadas por sociólogos como Daniel Lerner, en uno de cuyos ensayos sostiene lo siguiente:

La publicación de un libro hace una exigencia sobre el discurrir de la atención pública. Un libro importante es un reto a las reacciones normales de su público. Si el reto se siente ampliamente, puede hasta provocar una crisis. Por lo mismo, una prueba de su importancia es la calidad, amplitud y variedad de la reacción que un libro provoca en la vida afectiva de su público. En este sentido, la importancia dura hasta que los conflictos de interpretación y evaluación se desarrollen públicamente. La fase de la crítica puede coincidir con la aparición del libro, puede persistir por siglos o puede fluctuar según época o localidad.³

Es evidente que hay diversas formas de discernir si un libro es o no importante, y algunas de ellas, indicativas de la reacción pública, son bastante claras. Conocidos son los diversos *índices*

³ Daniel Lerner, "The American Soldier and the Public", en Robert K. Merton y Paul F. Lazarsfeld (eds.), *Continuities in Social Research*, Glencoe, The Free Press, 1950, p. 212.

de la Iglesia católica que hacen un examen pospublicatorio con el fin de defender la doctrina oficial de los embates contenidos en obras que ella y sus fieles así consideran significativas. Hay exámenes prepublicatorios en diversos sitios, como en la Unión Soviética. Y ocurren gestos dramáticos de reacción pública (e institucional) ante distintas publicaciones, como las famosas piras de libros ejecutadas por los nazis.

Cuando la expresión institucional respecto a libros no se canaliza de otras formas, encuentra escape en controversias públicas que pueden ser ardientes. Las polémicas de este tipo fueron frecuentes en Europa, hasta el punto de provocar choques personales y crisis políticas. Hoy, quizás desgraciadamente, en los países avanzados casi se han reducido a afelpadas reseñas, publicadas en revistas o periódicos, donde muchas veces priman intereses creados y *cliques* de intelectuales que aplican el mutuo “incensario”, lo que a la larga puede ser emasculante.

Básicamente, un libro trascendente es aquel que por lo que dice obliga al lector a rememorar los hechos conexos en que éste intervino, a reconsiderar las identificaciones y actitudes presentes en el momento de leer y a replantear las expectativas que el lector abriga para su futuro. Un libro de este tipo puede llevar a situaciones personales e interpersonales dramáticas, sea de aceptación o de rechazo su actitud básica hacia el mismo. El lector receptivo debe reenfocar su posición a la luz del universo del discurso; y el rechazante puede empezar a construir racionalizaciones para defender de manera más efectiva su primitiva e inmutable —o aparentemente inmutable— posición. En cualquier caso, según Lerner,

[...] el libro importante presenta a su lector significativo (o sea el que siente la importancia del mismo), una imagen pública sobre la cual debe proyectar su propia imagen personal. Se le estimula a situarse respecto a los recuerdos, identidades y requerimientos que el libro evoca. Por ello el libro importante opera como un es-

tímulo a la vida afectiva de su público y no sólo como fuente de datos para ilustrarlo.⁴

Estas hipótesis, complementadas con el enfoque histórico, pueden ayudarnos a entender lo ocurrido con el primer tomo de la serie, *La violencia en Colombia*, que apareció en Bogotá en julio de 1962. La reacción pública hacia este libro fue de tal naturaleza que bien merece preservarse como documento sociológico. No será posible hacer un análisis de contenido de las críticas publicadas, en el sentido empírico, excepto en cuanto a la tendencia a agruparse en temas o símbolos temáticos y para clasificar tipológicamente las reacciones con base en autoimágenes y réplicas. Para ello utilizaremos los criterios que nos ofrece el marco conceptual de Lerner, aunque con algunas modificaciones sugeridas por el propio material.

Tampoco se pretende realizar un estudio exhaustivo de las implicaciones sociológicas que surgen a cada paso del análisis de los datos contenidos en esta “Introducción”; para ello se necesita de mayores recursos que los que el autor ha tenido a la mano, y que espera poseer en mejores circunstancias, en el inmediato futuro.

De todos modos, en mi calidad de investigador, experimento naturalmente las dificultades de quien al observar participa de lo observado, y es evidente que ello puede llevar a peligros de juicios de valor, no obstante que se facilite al alcanzar mayor profundidad en el conocimiento del fenómeno. En este caso, he tratado de determinar las divergencias entre la intención del estudio sociológico y la reacción que produjo, divergencias que tienen gran interés científico y que sólo los autores podrían determinar con alguna exactitud. Por esa razón, además de la autocrítica, se tomaron medidas adicionales para asegurar un recuento y un análisis lo más sereno posible. Siguiendo lo enseñado por metodólogos conocidos, la falta de objetividad del participante se puede controlar mediante la observación de otros científicos sociales que someten el diseño y el informe final a crítica o revisión. Este

⁴ *Ibid.*, p. 213.

principio metodológico se ha cumplido en el presente caso, y a todos los colegas y amigos que tomaron parte en el esfuerzo va nuestra sincera gratitud.

Tomaremos como material básico de análisis las reseñas y comentarios al libro publicados en periódicos y revistas no especializados, que expresan puntos de vista políticos y religiosos o aplicados en un sentido general. Se emplean estos comentarios, así sean ellos emotivos, porque aparentemente lo que una persona siente por un libro puede influenciar en lo que opina sobre él. En todo caso, consideraremos el libro sobre *La violencia* como un estímulo frente al cual se expresan grupos y personas de manera especial, dejando delineadas sus actitudes y valores sobre la imagen pública creada por el libro. Para entender mejor esta reacción se hace primero un relato de los incidentes ocurridos y de la secuencia histórica implicada.

Estudiando el proceso pospublicitario desde el punto de vista narrativo, se podrían distinguir las siguientes etapas en la reacción sociopolítica que produjo la publicación del libro: a) una inicial de ponderación y expectativa, que va desde la aparición de la obra, en julio de 1962, hasta el mes de agosto del mismo año; b) el clímax de la reacción, ocurrido en septiembre y octubre con la campaña de descrédito; c) el anticlímax, en noviembre y diciembre, concretado en los debates secretos que tuvo el Senado de la República sobre el particular; y d) la etapa de asimilación y crítica más intelectual o “cerebral”, caracterizada por una mayor serenidad y por la aparición de otros estudios documentados y reseñas varias sobre la violencia, que empezó a fines de diciembre de 1962.

En esta “Introducción” se tratan sólo las tres primeras etapas, porque la cuarta no ha avanzado lo suficiente para hacer un análisis sistemático. El presente tratamiento especifica muchas veces la afiliación política de los actores, no por alguna razón sectaria (podría hablarse de los partidos A, B, C, etc.), sino porque parecía esencial para mejor entender el contexto histórico y para información de estudiosos nacionales y extranjeros poco enterados de

tales detalles. La “Introducción” termina con un ensayo de análisis tipológico de la respuesta provocada por el estímulo del libro.

II

La primera reacción al libro *La violencia en Colombia* se distinguió por el hecho de que diversos personeros de los partidos aceptaran la idea de la responsabilidad conjunta por el fenómeno estudiado. Pero pronto se interrumpió el diálogo y la introspección, precisamente por las razones políticas corrientes.

ACEPTACIÓN INICIAL DE LA RESPONSABILIDAD CONJUNTA

Correspondió al columnista liberal de *El Espectador*, doctor Fabio Lozano Simonelli, la primera presentación pública del libro *La violencia en Colombia*, el 12 de julio de 1962, presentación cuyos términos elogiosos fueron reiterados en subsiguientes escritos.⁵ Es pertinente destacar cómo Lozano Simonelli entendió el mensaje central de la obra:

El libro [...] no parte de una división entre buenos y malos [...] Todo análisis de la violencia que no enjuicie a la totalidad de la sociedad colombiana, sufre de una radical e incurable equivocación. Por años se ha comprobado que esos análisis de muy poco sirvieron. En el libro de monseñor Guzmán hay un acusado: la sociedad colombiana [...] La primera consecuencia y la más útil del libro [...] debe ser que cada cual asuma su cuota de responsabilidad en la violencia, antes que empeñarse en endilgarle la suya a otros.

Este tema básico del libro vuelve a ser presentado en diversas formas, incluso en declaraciones del importante dirigente conservador, doctor Belisario Betancur, quien al referirse a la obra dijo:

⁵ *El Espectador*, 31 de julio de 1962, 6, 21, 23 y 28 de agosto de 1962.

El problema [de la violencia] hay que mirarlo con verismo y con objetividad, sin deformaciones de orden político, con sentido patriótico y con el rigor científico con que lo hacen los analistas de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional [...] Debo reconocer con pesadumbre que la violencia es más aterradora hoy que antes, y no propiamente por culpa de tal o cual sector o funcionario, sino por culpa de la totalidad nacional.⁶

El Tiempo, al editorializar sobre lo mismo, el 26 de julio, entendió en forma similar el mensaje central del libro: los autores “asumen una posición que bien podría resumirse en aquello, bien conocido, de ‘todos en él pusisteis vuestras manos’. Una conclusión que no debe mover a tardíos rubores, ni a nuevas recriminaciones, ni a farisaicos intentos exculpatorios”. El doctor Gonzalo Canal Ramírez también lo entendió así,⁷ y procedió a editar un número especial de *El Minuto de Dios*, cuyo principal titular rezaba: “Todos los colombianos, por acción o por omisión, somos responsables de estas víctimas”.⁸ El procurador general de la Nación, doctor Andrés Holguín, conservador, adoptó como suyas algunas tesis centrales del libro, concluyendo que “es precisamente la estructura social y económica actual la que engendra esa violencia”.⁹ Y el doctor Gerardo Tamayo Peña, igualmente conservador, admitía que el libro es objetivo, y proponía que ningún colombiano podría leerlo “sin experimentar un profundo estremecimiento de vergüenza, de frustración, de cólera y de amargura, [pues] no hay un solo colombiano que directa o indirectamente haya podido permanecer al margen de la perturbación causada por la violencia”.¹⁰

⁶ *El Espectador*, 15 de julio de 1962.

⁷ *El Tiempo*, 29 de julio de 1962.

⁸ *El Minuto de Dios*, 28 de julio de 1962.

⁹ *El Espectador*, 23 de agosto de 1962; *Informe rendido al presidente de la República*, Bogotá, Gráficas del Fondo de la Penitenciaría Central La Picota, agosto de 1962.

¹⁰ *El Espectador*, “Suplemento Literario”, 19 de agosto de 1962.

Mientras tanto, periódicos de tan diversas tendencias como *El Espectador*, *La Nueva Prensa* y *Sucesos*, en sus ediciones del 15 y 21 de julio, y del 15 de agosto, respectivamente, reproducían largos apartes de la obra para información del público que esperaba la salida de la segunda edición. Los mil ejemplares numerados de la primera se habían repartido exclusivamente entre altos dirigentes e instituciones nacionales; pero el interés y la expectativa causados por la publicación fueron tales que los propietarios de ejemplares del libro hubieron de idear un sistema de turnos de lectura entre sus amigos y familiares. Por esta demanda y por la falta de copias para satisfacer la curiosidad colectiva, empezaron a circular rumores —infundados— de que la primera edición había sido recogida y de que el Gobierno había prohibido su circulación.

INTERRUPCIÓN DEL DIÁLOGO

Pareció por un momento que el mensaje central del libro sobre la culpabilidad de toda la sociedad colombiana había sido comprendido y apreciado. Como vemos, personeros importantes de los partidos así lo habían declarado. Entre el 21 y el 31 de julio se desarrolló un agitado debate sobre la violencia en la Cámara de Representantes, motivado por asesinatos sucesivos en provincia de los representantes Óscar Tobón Botero, conservador, y Melquisedec Quintero, liberal. Con este debate se empezó a olvidar la responsabilidad conjunta, y tanto liberales como conservadores, al subir de tono la discusión, comenzaron a usar el libro como arma para apabullar a los contrarios. Especialmente, en la sesión del 25 de julio, al exponer sus puntos de vista el representante conservador, doctor Gustavo Salazar García, fue interpelado por el representante liberal (MRL), doctor Ciro Ríos Nieto, para leerle apartes del libro en que se menciona el nombre del primero con relación a hechos violentos en el Valle del Cauca. A ello respondió el doctor Salazar que “es una mentira más que se escribe contra el Partido Conservador”, añadiendo una explicación laudatoria del epíteto “pájaro”, pues “éste se ha aplicado

‘a grandes conservadores’, y por lo mismo es honroso”.¹¹ En la sesión siguiente, el mismo doctor Salazar se refirió directamente al libro y sus autores, diciendo que éstos “se ganan la vida en forma más indigna que unas cortesanas”.¹² Simultáneamente, en el Senado, el doctor Álvaro Gómez Hurtado, conservador, sostuvo que el libro era “un relato mañoso y acomodaticio, respaldado por unos documentos secretos”,¹³ y prodigó denuosos a los autores. A la defensa de éstos (y del Partido Liberal, que también salió mal parado) acudieron los senadores liberales Augusto Espinosa Valderrama y Alfonso López Michelsen.¹⁴

Hubo algunas voces de cautela. Don Manuel Castellanos, por ejemplo, sentó su protesta por la frase del doctor Salazar García en el sentido de que “es un honor ser ‘pájaro’”.¹⁵ El doctor Mariano Ospina Pérez, ex presidente de la República, terció con fuerza en el problema para evitar que se abriera un nuevo período de recriminaciones, aduciendo que

[...] no es el momento de entrar [...] en un análisis que es con frecuencia tendencioso y no bien encaminado, de los orígenes y las responsabilidades de la violencia, porque ese mismo debate dificulta la tarea pacificadora [...] La historia recogerá los hechos de los hombres y emitirá a su debido tiempo su veredicto justiciero, cuando se hayan apaciguado las pasiones y los odios.

Además, recordó que

[...] tratar de acumular exclusivamente sobre los demás todos los errores, inclusive los nuestros y nuestras propias frustraciones no es tarea patriótica ni ayuda en nada al país. Mucho más honrado,

¹¹ *Anales del Congreso*, 26 de julio de 1962, p. 584; 13 de agosto de 1962, p. 750.

¹² *Ibid.*, 31 de julio de 1962, p. 597; 24 de agosto de 1962, p. 859.

¹³ *El Siglo*, 1 de agosto de 1962.

¹⁴ *Anales del Congreso*, 5 de septiembre, p. 995; 23 de agosto, pp. 836-837; *El Tiempo*, 1 de agosto de 1962.

¹⁵ *El Tiempo*, 30 de julio de 1962.

varonil y constructivo es aceptar que todos nos hemos equivocado, unos más y otros menos, y mostrar un valeroso empeño de rectificación y de apaciguamiento de las pasiones para poder remediar así todos los males que le hemos hecho a la patria.¹⁶

Estas palabras tendían a volver a los cauces iniciales la consideración seria de la violencia postulada por el libro cuando apareció. Pero, poco después, una nueva tónica se demostraba en un editorial de *El Siglo* que ya llevaba como título “Un libro sectario”.¹⁷ Tomada como bandera política, la tesis de que el libro era un “insulto a la dignidad histórica” del Partido Conservador por reducir el estudio de la violencia principalmente al período entre 1948 y 1957, cuando gobernó ese partido, pudo haber servido para aquilatar la lealtad partidista ya en vías de reconstrucción.¹⁸

De forma similar se fue desvirtuando el debate sereno y se interrumpió el diálogo, al aparecer otras protestas, como la de *Sucesos*, revista que se quejó porque el libro utilizó como una de sus fuentes una monografía del doctor Roberto Urdaneta Arbeláez,¹⁹ y al producirse acusaciones a “los latifundistas”, “los fascistas”, etc.²⁰ Fueron actitudes que luego se multiplicaron en la prensa, y que la llevaron sutil e inevitablemente a uno de los debates más agitados e intensos de la historia del país, tan intenso que, como se detalla más adelante, los mismos periódicos hubieron de convocar un congreso nacional para considerar sus efectos.

III

El editorial del 26 de agosto del diario *El Siglo* ya anticipaba algunos de los temas básicos que se repetirían en los dos meses

¹⁶ *La República*, 5 de agosto de 1962.

¹⁷ *El Siglo*, 26 de agosto de 1962.

¹⁸ Meses después, las tres fracciones en que se dividía el conservatismo colombiano se unieron formalmente.

¹⁹ *Sucesos*, 15 de agosto de 1962.

²⁰ *Batalla del Pueblo*, 6-12 de agosto de 1962.

siguientes; pero su principal efecto, como se dijo, fue marcar una nueva posición frente al libro. Como preludio de una gran ofensiva, saturó por un tiempo la prensa del país, llevando a definiciones y actitudes que reflejaron las autoimágenes provocadas por la imagen pública creada por el libro.

El periódico *El Espectador* sostuvo que aquella gran ofensiva fue “dirigida por el ex presidente doctor Laureano Gómez en persona”.²¹ Ella tuvo diversas expresiones e incidencias.

EL ATAQUE AL LIBRO Y A SUS AUTORES

La polémica, que apenas se dibujaba, subió dramáticamente de punto el 6 de septiembre, cuando, irritado por afirmaciones de algunos representantes, el ministro de Guerra, general Alberto Ruiz Novoa, declaró en la Cámara:

Todos sabemos que no fueron las Fuerzas Armadas las que dijeron a los campesinos que se fueran a matar unos contra otros para ganar las elecciones. Sí sabemos que no fueron las Fuerzas Armadas las que dijeron a los campesinos que asesinaran a los hombres, a las mujeres y a los niños para acabar hasta con la semilla de sus adversarios políticos, sino los representantes y los senadores, los políticos colombianos.²²

Tal declaración produjo en el recinto un revuelo de grandes proporciones que obligó al ministro a dar explicaciones minutos después. Quedó, de todos modos, como un testimonio que acogió buena parte de la prensa del país.

Poco después la reina nacional de belleza, doña Olga Lucía Botero, hizo pública su intención de entrevistarse con jefes bandoleros para obtener su entrega, sugiriendo que para tal misión utilizaría como acompañante a monseñor Germán Guzmán. Tanto la prensa liberal como la conservadora se opusieron al proyecto

²¹ *El Espectador*, 2 de octubre de 1962.

²² *El Tiempo*, 7 de septiembre de 1962.

con tal empeño que la reina hubo de desistir. A este respecto *El Siglo* editorializó el 13 de septiembre insinuando que monseñor Guzmán podía estar en connivencia con los bandoleros, puesto que su amistad con éstos se había “prolongado mucho después de que las disposiciones extraordinarias en las cuales se basó la campaña de ‘rehabilitación’ fenecieron”. Y el 28 de septiembre insinuó que el mismo monseñor era “capellán de los bandoleros”.

Monseñor Guzmán trató entonces de poner las cosas en su propia perspectiva y de reanudar el diálogo, mediante una conferencia que dictó en el Centro Comunal del barrio Quiroga el 15 de septiembre. El autor principal del libro invitó a conservar la serenidad y a meditar sobre los mejores sistemas para eliminar la violencia, y destacó que la intención de los autores del libro nunca fue sectaria ni dirigida a empañar la obra del Ejército ni de ningún partido político en particular. Dijo también:

Es posible que los autores nos hayamos equivocado en cuanto a la descripción y la interpretación del fenómeno de la violencia, puesto que no somos omniscientes. Y siendo como es esta obra apenas un primer planteamiento del tema, esperamos que los exponentes autorizados de diversas disciplinas produzcan nuevos datos, empleen otras técnicas y presenten evidencias que corroboren o desvirtúen lo sostenido en el libro, [cuyo objetivo es] aumentar el conocimiento del fenómeno, meta de la ciencia sociológica [...] Pero la discusión no debe descender al plano personal. No debería pesar en el ánimo del lector que los autores sean católicos, protestantes, liberales o conservadores, sino lo siguiente: ¿han dicho la verdad?²³

Las referencias personales a los autores por parte de la prensa se habían mantenido hasta entonces en un plano neutral y a veces en son de broma, como el juego que con el apellido catalán “Fals” para convertirlo en “Falso” hiciera “Marcial”.²⁴ Pero con el correr de los días y la exacerbación de los ánimos, y posiblemente debido

²³ *El Tiempo*, 16 de septiembre de 1962.

²⁴ *El Siglo*, 11 de agosto de 1962.

a que los autores no respondieron, la agresión verbal fue en aumento. Monseñor Guzmán fue calificado de “sacerdote renegado”,²⁵ “ex párroco de pueblo tolimense”,²⁶ “clérigo suelto”,²⁷ “párroco en receso”,²⁸ y “Monstruo Guzmán”.²⁹ A Eduardo Umaña Luna le llamaron “abogado liberal incompetente”,³⁰ “librepensador extremista”³¹ y “abogado volteriano y enciclopedista”.³²

En cuanto al tercer coautor, Orlando Fals Borda, algunos periódicos echaron mano de su religión para descubrir “la mano protestante” en el “mal uso de las fuentes”, especialmente en el empleo de declaraciones de bandoleros y guerrilleros.³³ *La República* manifestó que “es muy extraño el maridaje entre un sacerdote católico [...] y un sociólogo protestante [...] Al menos en Colombia no estamos acostumbrados a estas asociaciones”,³⁴ y volvió a recalcar su extrañeza el 26 de septiembre, cuando uno de sus columnistas, don Benigno Acosta Polo, sostuvo que había descubierto traiciones “del subconsciente” del autor cuando éste habla sobre la “égida” de los guerrilleros y el uso de la tercera persona plural en vez de la primera persona plural para referirse al peligro de la violencia, lo cual lo haría un traidor a la patria. El tema de que la psiquis de Fals Borda se proyecta sobre el libro al tratar el asunto religioso desfigurando la realidad, vuelve a presentarse en el estudio del padre Miguel Ángel González, de la Compañía de Jesús, a que se hace referencia más adelante. La implicación de que un protestante no es competente para estudiar las realidades del país es llevada a su más clara expresión en

²⁵ *El Siglo*, 15 de septiembre de 1962.

²⁶ *La República*, 23 de septiembre de 1962.

²⁷ *Ibid.*, 24 de septiembre de 1962.

²⁸ *El Siglo*, 25 de septiembre de 1962.

²⁹ *Ibid.*, 4 de octubre de 1962.

³⁰ *La República*, 24 de septiembre de 1962.

³¹ *El Siglo*, 28 de septiembre de 1962.

³² *La Patria*, Manizales, 27 de septiembre de 1962.

³³ *El Siglo*, 20 de septiembre de 1962.

³⁴ *La República*, 24 de septiembre de 1962.

el semanario *Día del Señor*, de los padres claretianos de la iglesia del Voto Nacional, al referirse al libro.³⁵ Y la culminación llegó el 5 de octubre de 1962, al insinuar *El Siglo* que no deberían admitirse decanos protestantes en la Universidad Nacional. A esta campaña contestó Lozano Simonelli en *El Espectador* recordando que 1962 era el año del Concilio Ecuménico y que seguramente el pontífice Juan XXIII no daría su aprobación a las expresiones publicadas.³⁶

La conclusión a que llevaba tal descripción de los autores, dentro del contexto de los comentarios, era que carecían de título para escribir. Así lo expresó el editorial de *El Siglo* del 15 de septiembre, titulado “Los apologistas de la violencia”, que dice, entre otras cosas,

Cualquier obra científica [...] debe estar presidida por una imparcialidad absoluta, altura y nobleza de propósitos y la indispensable preparación de los autores [...] hemos buscado en vano estas cualidades en el escritorio de monseñor Germán Guzmán, Eduardo Umaña Luna y Orlando Fals Borda, para encontrarle, en cambio, abundantes características de panfleto. [Y concluye:] Los fines partidistas de quienes escribieron *La violencia en Colombia*, un sociólogo protestante, un abogado liberal y un cura párroco católico, le quitan toda respetabilidad a la obra.

A estas palabras contestó *El Espectador* condenando los “desapacibles conceptos” de *El Siglo* y observando que

[...] no abunda *El Siglo* en razones científicas para demostrar el carácter anticientífico que le reprocha al libro, lo cual hace difícil la refutación de sus argumentos; [pero] cualquier lector de la obra advierte desde el primer momento su imparcialidad. En ella no se intenta una visión maniqueísta de la violencia en Colombia, sino que se le da, hasta donde lo permite el acopio de documentos en

³⁵ *Día del Señor*, 17 de febrero de 1963.

³⁶ *El Espectador*, 28 de septiembre de 1962.

manos de sus autores, a cada cual lo suyo, cualquiera que fuese su condición política, social o económica.³⁷

Acrescentó la opinión adversa al libro el descubrimiento de que no llevara visible el imprimátur de la curia. Fue el padre González quien primero lo hizo ver,³⁸ dando a entender que, por faltarle, el libro desorientaba en cuando al beneplácito del señor obispo de Ibagué, prelado ordinario del autor principal, que por petición del presidente de la República, doctor Alberto Lleras, había en efecto concedido en junio de 1961 las debidas licencias y permisos a monseñor Guzmán. Tal descubrimiento dio la base a editoriales de *La República*.³⁹ Al citar el canon 1.386, *El Siglo* anticipaba que el imprimátur nunca podría concedérsele al libro, “porque la Iglesia no va a comprometerse con las afirmaciones del autor principal, que incorpora citas como las referentes a *Caporal*, un niño bandolero”. Y además que habría una “severa amonestación” del ordinario por tan grave violación del derecho canónico. Al día siguiente publicó la prensa un comunicado del eminentísimo señor cardenal Luis Concha Córdoba, arzobispo de Bogotá, fechado el 27 de septiembre, que decía así:

El cardenal arzobispo de Bogotá declara:

1º Monseñor Germán Guzmán, autor principal del libro *La violencia en Colombia*, no solicitó de la autoridad eclesiástica la licencia para imprimirlo, como lo manda el canon 1.386 del *Código de derecho canónico*.

2º Los conceptos contenidos en ese libro son de la exclusiva responsabilidad de los autores de la obra.

El domingo 23 de septiembre apareció simultáneamente en todos los periódicos conservadores del país la reproducción del

³⁷ *El Espectador*, 17 de septiembre de 1962.

³⁸ *La República*, 24 de septiembre de 1962.

³⁹ *La República*, 28 de septiembre de 1962.

estudio titulado, “La violencia en Colombia: análisis de un libro”, escrito por el reverendo padre Miguel Ángel González⁴⁰ y tomado del último número (aparecido un día antes) de *la Revista Javeriana*.⁴¹ Aquella coordinación publicitaria fue dirigida por el Centro de Estudios Colombianos, organización de economistas y estudiosos jóvenes del Partido Conservador, entonces bajo la presidencia del doctor Gilberto Arango Londoño.⁴² El esfuerzo estuvo destinado a mostrar especialmente las faltas históricas, sociológicas, estadísticas y morales del libro de la violencia, para postular la falta de autoridad científica del mismo, la “mala fe” de los autores, la inoportunidad de la publicación y la divergencia en cuanto a la causalidad y antecedentes de la violencia, temas simbólicos que se analizan en la última parte de esta “Introducción”.

Según *El Espectador*, tal estudio había sido preparado “por un grupo de laureanistas”,⁴³ pero en realidad fue el fruto de un equipo más complejo. El texto fue distribuido además en forma de “separatas” por todo el país, a la entrada de universidades y de algunas iglesias y en las librerías donde se empezaba a vender *La violencia en Colombia*. Esta distribución se constituyó en acicate para leer la obra criticada; rápidamente el libro sobre la violencia se fue convirtiendo en un *best seller*.

Con base en el estudio del padre González, los periódicos conservadores procedieron a acentuar el fuego contra el libro, produciendo comentarios y editoriales casi diariamente hasta principios de octubre. Los términos empleados fueron fuertes, a veces insultantes, pero todos concebidos dentro del marco de los cuatro temas ya señalados. Esta expresión simbólica también se analiza someramente más adelante.

⁴⁰ El padre González es economista graduado de la Universidad de la Sorbona de París.

⁴¹ “La violencia en Colombia: análisis de un libro”, en *Revista Javeriana*, tomo LVIII, N° 288, septiembre de 1962, pp. 296-319.

⁴² *Magazine de Occidente*, Cali, 23 de septiembre de 1962.

⁴³ *El Espectador*, 28 de septiembre de 1962.

LA DEFENSA DEL LIBRO

Mientras los autores guardaban silencio durante la inmensa tempestad periodística, grupos políticos se unían no sólo en defensa del libro, sino para protestar por el tono en que la polémica se había adelantado. En particular *El Tiempo* y *El Espectador* editorializaron simultáneamente el 26 de septiembre, el último señalando que

[...] la forma despectiva e injuriosa en que los autores son tratados por algunos comentaristas de su libro, podría formar un nuevo capítulo de la obra. Al leerlos hemos pensado con preocupación patriótica que el esfuerzo nacional para librarnos de la violencia deberá comenzar por la renuncia individual y colectiva a las imposiciones que parecen irresistibles de un sectarismo que en realidad no ha muerto y que se diría agazapado en las páginas de algunos diarios.⁴⁴

Enrique Santos (*Calibán*) y Juan Lozano salieron luego a la defensa. *La Voz de la Democracia* tomó nota de que “con la publicación del libro de monseñor Guzmán sobre la violencia, la reacción se ha sentido sacudida como por un terremoto”.⁴⁵ *La Nueva Prensa* destacaba que el libro, por ser objetivo, no se compaginaba con el Frente Nacional “que se hizo para olvidar”; de allí que fuese “un libro incómodo”.⁴⁶ *La Batalla del Pueblo*, en la segunda quincena de octubre, repitió temas del libro, que interpretó como un esfuerzo para llegar al corazón del pueblo.

Una respuesta (ya mencionada) a las críticas fue la de Guillermo García Niño, aparecida en *El Espectador* del 7 de octubre, que hacía ver los principales defectos de aquéllas y asumía la defensa del libro y sus autores. Otra expresión importante fue la publicación en *El Tiempo* del artículo del profesor Luis López

⁴⁴ *El Espectador*, 26 de septiembre de 1962.

⁴⁵ *La Voz de la Democracia*, 7 y 11 de octubre de 1962.

⁴⁶ *La Nueva Prensa*, 6 de octubre de 1962.

de Mesa, titulado “Un historial de la violencia”,⁴⁷ que suministró aún mayores datos sobre el proceso de la misma, especialmente sobre la responsabilidad de las clases gobernantes. Las interpretaciones ofrecidas por el profesor desviaron la agresión primaria de los periódicos conservadores hacia éste. Se le llamó “sectario”, “santón culterano”, “falseador de la realidad histórica”, “viejo maniqueísta”, “biólogo de la evolución de la sardina”, “de actitud poco gallarda y valerosa”, y se combatieron sus opiniones sobre el hominalismo liberal y el preceptismo conservador.⁴⁸

Con el “Historial” de López de Mesa y el artículo de García Niño declinó su curva la campaña desatada. Sin otros resultados que la agitación periodística, la atención de los críticos se desvió nuevamente para hallar un carnero emisario en los propietarios de Tercer Mundo, entidad que había financiado la segunda edición del libro en septiembre. Ocurrió, no obstante, que uno de los accionistas de Tercer Mundo era el doctor Belisario Betancur, ya citado, y entonces ministro de Trabajo. Según los periódicos, se ejerció presión por un grupo político para que el doctor Betancur explicara su posición respecto al libro, explicación que satisfizo al doctor Laureano Gómez, pero que llevó al doctor Betancur a presentar su renuncia como ministro del Trabajo.⁴⁹ Esto produjo una amenaza de crisis en el gabinete, ya que se dijo que su compañero, el doctor Alfredo Araújo Grau, ministro de Comunicaciones, también renunciaría. Pero a última hora, el grupo laureanista decidió confirmar su respaldo a Betancur y Araújo. Tercer Mundo produjo un comunicado aclaratorio y el incidente se dio por terminado.

EL ARMISTICIO PERIODÍSTICO

Una vez desatada la campaña de la prensa conservadora, y antes de que pudiera adelantarse más la contraofensiva de la prensa li-

⁴⁷ *El Tiempo* 30 de septiembre de 1962.

⁴⁸ *El Siglo*, 1 de octubre de 1962; *La República*, 3 de octubre de 1962.

⁴⁹ *El Espectador*, 2 y 3 de octubre de 1962.

beral respecto al libro, en vista de la tendencia a la polarización y a la exacerbación de los ánimos, y en búsqueda de la preservación de la paz nacional, los directores de *El Tiempo* y *La República*, doctores Roberto García Peña y Silvio Villegas, respectivamente, decidieron convocar una asamblea nacional de directores de periódicos para el 4 de octubre en Bogotá. A ella concurrieron los directores de 38 periódicos liberales y conservadores de todo el país, quienes, con excepción del de *Tribuna*, de Ibagué, firmaron una declaración por la cual se comprometían, entre otras cosas, a “evitar toda polémica sobre las responsabilidades que en la violencia hayan tenido los partidos políticos, dejándole el necesario juicio histórico a una generación menos angustiada y comprometida”, y además, a “llevar el problema de la violencia, y la necesidad de extirparla, al primer plano de la atención pública”. Específicamente se reduciría “al mínimo la publicación de fotografías sobre episodios o hechos de violencia”, se calificaría “a los autores de la violencia simplemente de malhechores y asesinos”, y no se les asignaría “ningún título político a los victimarios ni a las víctimas”.⁵⁰

Por su parte, el director de *Tribuna*, don Flavio de Castro, declaró que

Tribuna no necesita aprobar declaración alguna para que sus lectores y el gobierno sepan que condena la violencia [...] *Tribuna* no cree que la violencia y el crimen y la inseguridad y el desorden se acaben [...] si la prensa deja de mencionar esos fenómenos o si los menciona con mayor despliegue [...] y sale a decir, sincronizadamente, alabanzas a la paz y a la democracia [...] Mientras fuera de los lingotes, de las columnas, de las ediciones, de los palacios de gobierno y de los clubes, la realidad es bien conocida y nada se hace por transformar la vida del hombre colombiano.⁵¹

⁵⁰ *La República*, 5 de octubre de 1962.

⁵¹ *La Nueva Prensa*, 13-19 de octubre de 1962.

Este compromiso fue roto muy pronto. Los numerosos asaltos en Boyacá, Santander, Tolima y Caldas, la muerte de *Chispas*, la invasión de Cundinamarca por bandas de antisociales, no sólo demostraron la palpitante vitalidad del fenómeno de la violencia, aun en 1962 y 1963, sino que dieron cauce al propósito consciente de desviar la atención colectiva que se había dirigido al libro.

Así se alcanzó la meta de terminar —aunque momentáneamente— la tremenda guerra periodística que se armó con la publicación de *La violencia en Colombia*.

IV

La insegura calma de los últimos días de octubre se vio de improviso cortada por la noticia, desplegada en grandes titulares por la prensa, de que el Senado de la República se había reunido en sesión secreta por cuatro horas, la noche del 31. Razón principal: al senador conservador doctor Darío Marín Vanegas había llegado la copia de un concepto confidencial o “análisis de situación” sobre el impacto nacional del libro *La violencia en Colombia*, escrito el 8 de agosto por el coronel Álvaro Valencia Tovar, ministro de Guerra, entonces comandante general del Ejército.⁵²

El informe del coronel Valencia Tobar analiza el impacto del libro en el país y las implicaciones de ese impacto en la labor de las Fuerzas Armadas, y recomienda algunos pasos que en su opinión son necesarios para corregir la imagen pública del Ejército y mejorar su eficiencia en el combate a la violencia y los violentos.

DEBATE SOBRE EL INFORME DEL CORONEL VALENCIA, PRIMER CICLO

El informe del coronel contenía conceptos favorables al libro, lo cual, según el senador Marín, y en concordancia con la campaña

⁵² El coronel Valencia Tovar, comandante de la Escuela de Infantería en Bogotá, fue también comandante del Batallón Colombia que luchó en Corea, y pacificador del Vichada, pues dominó una revuelta en esa región.

ejecutada por su grupo político un mes antes, hacía del informe también un documento sectario y un ataque al Partido Conservador. El mismo senador adujo que el informe discriminaba políticamente a la oficialidad del Ejército, y consideró peligrosa e inconveniente la sugerencia que hacía el coronel en el sentido de que el libro “debe ser considerado como un texto de estudio” por el mismo Ejército, para “penetrar a través de este análisis cuanto sea preciso en los desaciertos, errores y limitaciones de la conducción militar del problema de la violencia pasado” y llegar a considerar como una “necesidad impuesta por la obligación moral de los mandos actuales ante sí mismos, ante sus subalternos, ante la institución y ante Colombia, de evitar que toda esa barbarie pueda ocurrir nuevamente cuando circunstancias similares lleguen a propiciar otro deslizamiento hacia el abismo”.

Según los periódicos, las cuatro horas de discusión fueron copadas por el senador Marín para atacar el libro sobre la violencia y leer críticamente el informe del coronel Valencia Tovar. Una vez terminada la sesión, los senadores conservadores de todas las tendencias se reunieron privadamente y acordaron nombrar una comisión para que llevara la queja del grupo al presidente de la República, doctor Guillermo León Valencia, y para solicitarle el retiro del coronel. La comisión quedó integrada por los doctores Álvaro Gómez Hurtado, Darío Marín, Evaristo Sourdis, Lucio Pabón Núñez, Gustavo Cortés, Aurelio Caycedo Ayerbe, Luis Granada Mejía y Cástor Jaramillo Arrubla.⁵³ El señor presidente los recibió al día siguiente, los escuchó y prometió investigar la situación más a fondo. Bogotá se sacudió en esos días ante el temor de un golpe de Estado.

Unos días más tarde, el presidente hizo un llamamiento al Parlamento para que no discutiera el problema de la discriminación política en las Fuerzas Armadas, y el comandante de éstas, general Gabriel Rebéiz Pizarro, expidió una perentoria circular a las comandancias en la que insistió en que éstas “se mantendrán apartadas de toda influencia partidista”. En la sesión del 6 de no-

⁵³ *El Siglo*, 4 de noviembre de 1962.

viembre, el general Ruiz Novoa suministró explicaciones sobre los diversos aspectos tratados el miércoles anterior por el senador Marín y se pronunció en contra de algunos aspectos del libro *La violencia en Colombia*. Según *El Siglo*,⁵⁴ Ruiz Novoa consideraba a la obra “en parte equivocada, parcial, calumniosa y producto de relatos novelescos”; declaró que él no estaba conspirando ni preparando un golpe de Estado, y que quedaba en manos del presidente de la República la decisión sobre el informe del coronel Álvaro Valencia Tovar. El presidente volvió a recibir la comisión especial del conservatismo, mientras los senadores liberales a su vez se reunían para acordar su estrategia. Pero después de lo dicho por el ministro de Guerra, el senador Marín procedió a cancelar el debate. “Mi debate fue defensa de las Fuerzas Armadas”, dijo aquella noche.⁵⁵ El senador Sourdis le comentó: “Tú le has dado al Partido [Conservador] una lección de mística”. Y el senador Cástor Jaramillo Arrubla: “Darío, ¡qué gran favor le ha hecho al presidente Valencia y a las Fuerzas Armadas!”.⁵⁶

Pero desde el otro lado de la barrera, los hechos se recibían de distinta forma. *El Tiempo* enfatizó que el ministro de Guerra no había condenado el libro, que es el “único de veras serio que se ha escrito sobre el atroz drama colombiano”,⁵⁷ en editorial que provocó la reacción de *El Siglo*.⁵⁸ Lozano Simonelli, en *El Espectador*, protestó porque *in absentia* se había colocado “en situación de reos” a los autores del estudio en el Senado, acto inusitado e injusto.⁵⁹ *La Nueva Prensa* interpretó los hechos de esta forma:

El Ejército de Colombia está tomando conciencia de sí mismo [lo que] le impide obedecer las órdenes de los directorios políticos, acostumbrados desde 1948 hasta 1953 a manejarlo a su antojo, con

⁵⁴ *El Siglo*, 7 de noviembre de 1962.

⁵⁵ *El Siglo*, 8 de noviembre de 1962.

⁵⁶ *El Siglo*, 11 de noviembre de 1962.

⁵⁷ *El Tiempo*, 8 de noviembre de 1962.

⁵⁸ *El Siglo*, 9 de noviembre de 1962.

⁵⁹ *El Espectador*, 8 de noviembre de 1962.

el pretexto de que el militar debe obedecer cuanto ordene el poder civil. [Esa actitud] ha puesto fuera de sí a la casta política, y en este caso específico, a la representación conservadora. Tres meses después de “volver al poder”, los antiguos jefes conservadores —los mismos que ordenaron la iniciación de la violencia que habría de avergonzar y humillar a nuestro Ejército— se han dado cuenta de que pueden repetir la experiencia del pasado. [...] El Ejército [...] no va a seguir haciendo el juego de unos cuantos politicastos. No quiere ser la guardia pretoriana de nadie.⁶⁰

En forma semejante escribió Gilberto Vieira, jefe comunista:

El incidente es sólo un síntoma que pone en evidencia un nuevo proceso de diferenciación en el Ejército [...] Lo que se debate en público y en secreto es el papel del Ejército en la crisis de la estructura tradicional del país, su función ante los problemas llamados de la violencia. Las consecuencias del sonado incidente harán reflexionar a muchos oficiales [...] sobre la tragedia en que viven, obligados a cumplir funciones oficiales, actuando como brazo armado de los monopolios y de los grandes latifundistas.⁶¹

Y también Álvaro Uribe en *La Calle*, quien pidió: “Queremos un Ejército independiente, que no sea instrumento de partido, ni instrumento de una clase social opresora”.

A los ataques personales (“oficial envenenado”, etc.) al coronel Valencia Tovar, respondieron de muchos sectores, especialmente los compañeros militares del coronel y sus antiguos subalternos. Se destacaron los escritos de Pedro Pérez Sotomayor y Guillermo Poveda Malagón. El primero señalaba que el coronel actuó en cumplimiento de una orden superior, y como tal debía ser respetado el informe.⁶² El segundo, que se declaraba conservador, confesaba que en la época en que estuvo en el Ejército,

⁶⁰ *La Nueva Prensa*, 3-9 de noviembre de 1962.

⁶¹ *La Voz de la Democracia*, 15 de noviembre de 1962.

⁶² *El Tiempo*, 9 de noviembre de 1962.

[...] sí se hacía política. En mi colegio sólo era necesario estar inscrito en la lista de liberales, que de antemano elaboramos, para no ser llamado al servicio militar [...] Es falso que él [coronel Valencia Tovar] sea político. Lo que ocurre es que no estamos acostumbrados a aceptar que un militar sea intelectual, que opine sobre obras culturales, sociales o históricas [...] Sus conceptos sobre *La violencia en Colombia* [...] reconozcámoslo todos, conservadores y liberales [...] no son otra cosa que la verdad.

Y finaliza así: “Imaginemos un cuadro tan ignominioso que se convierta en cómico: ¡Lucio Pabón Núñez (no necesita presentación), acusando al coronel Álvaro Valencia Tovar! ¡Falta que El Borugo acuse a monseñor De Brigard!”.⁶³

LA DECLARACIÓN DE LA REVISTA DE LA POLICÍA

Mientras tanto, el jefe del Estado Mayor de la Policía, coronel Bernardo Camacho Leyva, reprodujo en la *Revista de la Policía* el estudio del padre González y lo comentó editorialmente.⁶⁴ El editorial es un corto estudio adverso al libro *La violencia en Colombia*, que volvió a agitar la opinión cuando *El Siglo* lo reprodujo el 26 de noviembre.

Escribía el coronel que el libro es “un pretendido estudio sociológico” que “sindica a las Fuerzas Armadas, Ejército y Policía, como los iniciadores de la violencia y sus principales impulsores y sostenedores”, pero que no tiene autoridad histórica por haber

[...] tenido como fundamento el archivo de uno de los autores formado a base de entrevistas personales y documentos recibidos de quienes, en su sentir, padecieron inocentemente la violencia, todo secundado con citas de libros no precisamente imparciales y de algún documento oficial que pueda acusar a las Fuerzas Armadas.

⁶³ *La Nueva Prensa*, N° 80-81, noviembre de 1962.

⁶⁴ *Revista de la Policía*, N° 95, septiembre-octubre de 1962.

Protesta porque se toman en cuenta las declaraciones de las víctimas de la violencia y porque no se analizaron “los crímenes contra las Fuerzas Armadas con la misma minuciosidad con que se analizaron las afirmaciones de persecución que hacen los criminales”. Considera que el estudio del padre González es científico, y reproduce *verbatim* la definición de “ciencia” que éste usa.⁶⁵ Finalmente el coronel sienta su “más airada protesta por las injustas afirmaciones que contra el Ejército y la Policía hacen los autores del libro *La violencia en Colombia*”, y por la inoportunidad de su publicación.

La declaración del coronel Camacho Leyva produjo una admonición también pública. El comentarista doctor Antonio Pannesso Robledo (*Pangloss*), escribió:

No parece conveniente ni discreto que tome parte en la *litis* [sobre el libro] la propia Policía Nacional [...] sintiéndose aludida como si los reproches que se hace a la institución de hace unos años se pudieran aplicar a la que ahora dirige el general Saulo Gil Ramírez. No queremos creer que los actuales directores de la Policía Nacional se solidarizan con los actos de quienes dirigían las Fuerzas Armadas. Deben mantenerse al margen de una disputa que tiene todas las características de una discrepancia puramente política, en la cual los hechos objetivos y los métodos científicos sociológicos han sido olvidados por los polemistas para reducir un trabajo serio —por discutible que sea, pero serio— a la categoría de una minúscula pelea sectaria. El alto oficial de la Policía que toma parte en la cuestión lo hace inclinándose precisamente hacia uno de los dos lados, [...] con lo cual no gana nada su causa y pierde mucho la imparcialidad de la Policía.⁶⁶

⁶⁵ Véase la última parte de esta “Introducción”.

⁶⁶ *El Espectador*, 28 de noviembre de 1962. En verdad, al respecto podría recordarse que el doctor Laureano Gómez, junto con el doctor Alberto Lleras, en la Declaración de Benidorm habían puntualizado que “siguen en urgencia la execración y repudio de la violencia ejercitada por armas y elementos oficiales”. Además, en el estudio titulado *Criminalidad 1959*, publicado y auspiciado por el Estado Mayor de la Policía Nacional, se había hecho constar lo siguiente: “El

A raíz de la entrega al senador Marín del informe confidencial del coronel Valencia Tovar, se ordenó la investigación pertinente por el ministro de Guerra y el jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, general Manuel Prada Fonseca. Durante el curso de ella se entregó un exhorto al senador Marín que lo conminaba a declarar cómo obtuvo el documento secreto y le pedía la devolución del mismo.

El senador llevó inmediatamente el asunto a la corporación, donde pronunció el 12 de diciembre un discurso en el que sostuvo que el exhorto era ilegal y un “irrespeto al Congreso de Colombia”. Acusó al ministro Ruiz Novoa de encubrimiento y complicidad con el coronel Valencia y a este último de delincuente afanado en buscar publicidad,⁶⁷ porque la investigación ordenada por el ministro para establecer la persona que sustrajo el informe “era con el objeto de dar de baja a numerosos oficiales honestos y leales [siendo que] quien distribuyó el informe [...] era el propio Valencia Tovar”.⁶⁸ Durante el curso de la acalorada discusión el general y el senador llegaron a desafiarse a duelo, pues el primero aceptaba “cualquier clase de lecciones, pero no lecciones de valor”, duelo que se evitó por intervención del senador Diego Luis Córdoba. El senador Marín, recordando un ejemplo francés, pidió que se les prohibiera a los militares la lectura del libro *La violencia en Colombia* —exigencia que fue rechazada de plano por el ministro de Guerra—, y protestó el senador porque “en las propias dependencias del Ministerio de Guerra se está distribuyendo el libro que infama y calumnia a la institución”.

empleo de la policía como fuerza de choque para garantizar triunfos electorales y respaldar autoridades sectarias, fue, a nuestro criterio, la causa mayor de la violencia” (*Criminalidad 1959*, Bogotá, Estado Mayor de la Policía Nacional, 1959, pp. 30-31).

⁶⁷ *Anales del Congreso*, 20 de diciembre de 1962, pp. 2.621-2.625.

⁶⁸ *El Siglo*, 13 de diciembre de 1962; *Anales del Congreso*, 20 de diciembre de 1962, p. 2.622.

En la sesión del día siguiente, el general Ruiz Novoa hizo una defensa del Ejército y del coronel Valencia Tovar, en la que lamentaba la interferencia política en las Fuerzas Armadas, cuya experiencia pasada ha servido como escarmiento.⁶⁹ Declaró que “no vamos a estar al servicio de quienes quieran poner las Fuerzas Armadas al servicio de intereses partidistas, por legítimos que sean”, pues ellas son para todos los colombianos. Hizo una especie de recuento de los posibles motivos del senador Marín para reanudar el debate sobre el informe del coronel Valencia Tovar, y concluía que el senador en realidad estaba “resentido con el Ejército” porque éste ya no se prestaba a los fines políticos que aquél perseguía. Citó y leyó al respecto un documento de orden público suscrito por el teniente que afirmaba que el senador Marín el 31 de enero de 1960 había sido encontrado en Barbosa (Santander) en una casa con un grupo de violentos y que había tratado de obtener luego la libertad de uno de los bandoleros apresados entonces, diciendo al capitán comandante: “Hágame el favor de soltarme al muchachito, que es inocente y no debe nada. Y además lo necesito para la campaña de inscripción de candidatos que estamos haciendo”. El capitán se negó a soltar al bandolero. El ministro informó a continuación con datos específicos que aquel preso estaba en efecto sindicado de homicidio, robo y asociación para delinquir.⁷⁰

La lectura del documento causó gran sensación en el Senado. El senador Marín explicó que la captura de su protegido se había realizado durante una concentración política y que en efecto él había hecho tal diligencia, pero sólo por el temor de que el joven sufriera vejámenes en los cuarteles del batallón; y protestó porque con la amenaza a duelo el ministro había tratado de “instaurar la violencia en el sagrado recinto del Senado”.⁷¹

Mientras la prensa de todas las tendencias publicaba editoriales y comentarios pertinentes, se puso fin a esta última escara-

⁶⁹ *Anales del Congreso*, 24 de enero de 1963, pp. 112-116.

⁷⁰ *Anales del Congreso*, 24 de enero de 1963, p. 115.

⁷¹ *Anales del Congreso*, 14 de diciembre de 1962, p. 2508; 20 de diciembre, p. 2.625.

muza. Unos trataron de disminuir la importancia del episodio de Barbosa, y otros, como *Calibán*, clamaron que “el tipo de político [del senador Marín] deba desaparecer porque es mengua de la democracia”.⁷²

Luego, el 19 de diciembre, *El Espectador* publicó el texto completo del informe del coronel Valencia, donde confesaba que “este documento llegó a nuestras manos por caminos no digamos más lícitos, sino menos ocultos que los que lo llevaron a las del señor senador Darío Marín Vanegas”. La publicación produjo una nueva ola de declaraciones, editoriales y comentarios. Un grupo de jóvenes conservadores volvió a protestar porque el informe “implica acusaciones que este partido no puede aceptar, máxime cuando este partido ha cumplido fielmente sus obligaciones, respetando derechos del Partido Liberal [...] El Partido Conservador no tolera ni permite ultrajes de su dignidad histórica”.⁷³ Algunos parlamentarios conservadores declararon que el informe de Valencia Tovar era “la proclama del jefe liberal del ejército colombiano”, y que es “un documento apasionado y parcial con el cual hacen su ingreso a la política colombiana las Fuerzas Armadas”.⁷⁴ El ex presidente doctor Roberto Urdaneta Arbeláez dijo que existía

[...] una campaña, posiblemente premeditada, que busca tergiversar la historia e incriminar al Partido Conservador de todo lo malo que le haya ocurrido al país: bancarrota, violencia, etc. No podemos permitir que las generaciones venideras lleguen a la convicción de que los gobiernos del Partido Conservador y sus dirigentes son culpables de todos los males de la república, porque si ello ocurre, perdemos el derecho a intervenir en la dirección de los destinos del país.⁷⁵

⁷² *El Tiempo*, 15 de diciembre de 1962.

⁷³ *El Siglo*, 20 de diciembre de 1962.

⁷⁴ *El Siglo*, 21 de diciembre de 1962.

⁷⁵ *La República*, 21 de diciembre de 1962.

La Patria de Manizales señaló que el coronel Valencia en su informe no daba ninguna muestra de “erudición en materias sociológicas”, no ofrecía objetividad, ni comentario táctico, ni observaciones de valor alguno.⁷⁶ El coronel sólo hizo “un ensayo de bachiller en busca de prestigio parroquial”, y al hacerlo le faltó tacto y versación. Descubría que el coronel “adquirió compromisos en el orden político y en el orden moral, porque enjuicia y cubre con el lodo de la vergüenza a sus subalternos, a sus compañeros de grado y a sus superiores de más alta jerarquía”. Y *La República* encontraba “extraño” el informe del coronel, por cuanto “el consabido libro sobre la violencia es ante todo una fuerte recriminación, en muchos aspectos calumniosa, contra las Fuerzas Armadas” y porque no le daba importancia al 9 de abril.⁷⁷

Por su parte, *El Diario de Medellín* recalcó la objetividad del informe del coronel, y su justificación en el esfuerzo de crear un Ejército verdaderamente técnico y autónomo.⁷⁸ *El Espectador* editorializó sobre el “documento ejemplar”, destacando “su veracidad y el valor de su autor al decir la verdad, y su patriotismo, discreción y dignidad, al prestar tan eminente servicio al país y al Ejército”.⁷⁹ Y para ponerle punto final al debate, el *Bachiller Cleofás Pérez* escribió en *El Tiempo* que fue voluntad de los liberales y de la mayoría del conservatismo unionista clausurar aquel debate parlamentario, por parecerles perjudicial y violatorio del programa de la gran coalición que recomendaba no perturbar con la política el funcionamiento de las instituciones armadas.⁸⁰

De esta forma se cerró el último incidente público del año con relación al libro *La violencia en Colombia*.

⁷⁶ *La Patria*, 21 de diciembre de 1962.

⁷⁷ *La República*, 19 de diciembre de 1962.

⁷⁸ *El Diario de Medellín*, 20 de diciembre de 1962.

⁷⁹ *El Espectador*, 21 de diciembre de 1962.

⁸⁰ *El Tiempo*, 24 de diciembre de 1962.

V

Por lo que va relatado puede deducirse el impacto causado por la publicación del libro *La violencia en Colombia*. Aplicando la hipótesis de Lerner, bien puede concluirse que ésta fue una publicación trascendente, pues la reacción que provocó fue amplia, variada e intensa. El libro llevó a sus lectores a ponderar sus recuerdos, a situarse en el presente en relación con la violencia y a definir sus expectativas. Para algunos ésta fue una tarea dramática y dolorosa que los llevó a rechazar las tesis del libro y racionalizar su posición antigua para defenderse. Para otros, el libro fue simplemente estimulante. A todos se les indujo a situarse respecto a los hechos ocurridos, las identificaciones y las demandas que el libro evoca, proyectando el ego o la imagen personal sobre la imagen pública creada por el libro mismo.

ACTITUDES Y ROLES EN LA REACCIÓN PÚBLICA

Importante para entender la reacción pública ante el libro de la violencia es formar un marco teórico adecuado, en el que inter vengan los conceptos de *actitud* y *rol* conocidos en la sociología. Siguiendo el liderato de Lerner, con las modificaciones indicadas, es útil definir dos criterios:

1. Cómo se *estatifica* el reseñador o comentarista, es decir, si con relación al libro y sus autores se considera superior, inferior o neutral.
2. Cómo se *polariza* el reseñador o comentarista, es decir, si se considera amistoso, hostil o neutral hacia el libro y sus autores.⁸¹

Eliminando —por no producir información significativa— la polarización neutral, es posible formar un cuadro de categorías binómicas de actitudes (A) y roles (R) con las calidades restantes, así:

⁸¹ Daniel Lerner, "The American Soldier and the Public", *op. cit.*, pp. 222, 225.

Calidades de estratificación	Calidades de polarización	
	Amistoso	Hostil
Superioridad	(R) Paternal (A) Benedictoria	Sáulico Imprecatoria
Neutralidad	(R) Fraternal (A) Misionera	Rival Nihilista
Inferioridad	(R) Filial (A) Pietista	Infantil Escapista

Así surgen seis categorías binómicas al combinar los dos ejes (columnas con renglones), a saber: a) amistoso con aire de superioridad; b) hostil con aire de superioridad; c) amistoso con aire de neutralidad; d) hostil con aire de neutralidad; e) amistoso con sensación de inferioridad, y f) hostil con sensación de inferioridad. Aplicaremos cada una de estas categorías a las respuestas y réplicas estimuladas por el libro y a las autoimágenes producidas por el mismo.

ESTRATO DE SUPERIORIDAD

a) *Amistoso*. En esta categoría encontramos que se combinan el rol paternal con la actitud benedictoria. “El rol paternal les cabe bien a aquellos cuya autoimagen es suficientemente estable y grande como para poder considerar los elementos jóvenes que surgen más como promesa que como una amenaza”.⁸²

La actitud benedictoria se encuentra en intelectuales o historiadores independientes de gran reputación que no se dejan dominar por los procedimientos que predominan en su respectiva profesión y ven con buenos ojos algunas innovaciones.

⁸² *Ibid.*, p. 225.

Es fácil colocar en esta categoría la reseña “Historial de la violencia” del conocido sociólogo e historiador profesor Luis López de Mesa, que empieza precisamente compulsando de modo paternal las características tipográficas y sintácticas del libro reseñado. Con un amplio prestigio nacional e internacional, el profesor López de Mesa no se considera amenazado por nuevos elementos, lo cual le permite adoptar una actitud benedictoria respecto a lo que éstos intentan hacer. Además, es capaz de ofrecer nuevos datos y evidencias para adelantar aún más el análisis de la violencia que él mismo considera incompleto en el libro, atrayéndose así parte de las iras que se habían desatado en contra de los autores, pero que lo dejan sin cuidado.

b) *Hostil*. El neologismo *sáulico* (del rey Saúl) se refiere a aquel rol parecido al de un padre celoso que se vuelve enemigo de su prole porque empieza a ver en ella una amenaza a la autoimagen del padre, antes poderoso y dominante. La actitud respectiva es imprecatoria porque se desea desterrar o eliminar de la casa común a la prole amenazante y así se expresa de forma tonante.

Fácil es también situar en esta categoría un buen número de los comentarios publicados en la prensa bogotana, y que podrían agruparse bajo el tema de la “mala fe de los autores”, además de que aquí también cabrían algunos de los epítetos a éstos lanzados y conceptos como los expresados en el Senado de la República (“documentos mañosos”, “cortesanas”, etc.); otros son definitivamente de la última categoría, la de hostilidad con sensación de inferioridad.

La mala fe (o el “veneno”) de los autores, según *El Siglo* del 26 de agosto (basado en las insinuaciones del padre González),⁸³ radica en que con la “impresión de imparcial autoridad y cristianismo” encubren un ataque al Partido Conservador. “Instintivamente” el editorialista abre el libro en una página, donde encuentra “un concepto analítico de fondo” sobre la violencia en 1949, y lo considera sectario. *La República* sostiene que el libro

⁸³ Miguel Ángel González, “La violencia en Colombia: análisis de un libro”, *op. cit.*, pp. 296-297.

da visos científicos a acusaciones que nutrieron el sectarismo; que deforma hechos e ignora otros.⁸⁴ La mala fe se demuestra también por el reemplazo de la palabra “bandoleros” por “pueblo, ruralía, campesinos”.⁸⁵ Un columnista de *La República* advierte mala fe porque el autor del prólogo del libro anticipó la crítica adversa al decir que se iban a herir intereses creados; pero luego continuó: “Los únicos intereses creados aquí son los de los cohonestadores y aprovechadores de la violencia, que no tienen por qué sentirse ofendidos, sino todo lo contrario”.⁸⁶

Y hubo mala fe, según ellos, en los editores de la segunda edición, quienes se las ingeniaron para que en la carátula apareciera el nombre de *El Siglo* a fin de hacer creer que este diario patrocinaba dicha reimpresión.⁸⁷ La aclaración apareció en primera página, “en vista de las numerosas llamadas telefónicas” que se hicieron a aquel diario. (Como se sabe, la carátula en cuestión contiene facsímiles de noticias sobre la violencia que aparecieron en todos los periódicos de la capital; ella fue diseñada por un artista sin ninguna intención ulterior).

Típica de esta categoría es la reacción producida por el hecho de que el autor principal, un sacerdote católico, no hubiera seguido el canon 1.386 y obtenido un imprimátur. Y que se le endilgaran epítetos como el de “sacerdote renegado”, “clérigo suelto” y “párroco en receso”. La amenaza al padre omnipotente también se traduce en expresiones como la de que en Colombia “no se acostumbra el maridaje entre católicos y protestantes”. El deseo de eliminar a la prole amenazante aparece en la desautorización que por su religión se hace a uno de los autores y en la insinuación de que se le destituya de una decanatura en la universidad. El incidente del concepto del coronel Valencia también fue pródigo en actitudes imprecatorias de personas amenazadas que emplearon el papel sáulico.

⁸⁴ *La República*, 23 y 24 de septiembre de 1962.

⁸⁵ *El Siglo*, 25 de septiembre de 1962.

⁸⁶ *La República*, 26 de septiembre de 1962.

⁸⁷ *El Siglo*, 29 de septiembre de 1962.

ESTRATO DE NEUTRALIDAD

a) *Amistoso*. Los científicos sociales y profesionales afines encuentran apropiado el papel fraternal ante el libro y los autores; también las personas que, por una u otra circunstancia (su educación y experiencia, por ejemplo), se interesan en los planteamientos científicos y los respetan en la medida de su objetividad. Este rol les lleva muchas veces a la actitud misionera, expresada en el deseo de hacer conocer las nuevas verdades y de llevar la luz alcanzada a personas que no la hubieran visto todavía.

Los comentarios de Fabio Lozano Simonelli y de Guillermo García Niño, entre otros, pertenecen a esta categoría. En ellos exuda el respeto por la ciencia social. También es aquí clasificable el concepto del coronel Valencia, aún más si se recuerda que recomendó la lectura del libro y su adopción como texto para la oficialidad superior, todo en mérito a la objetividad de la publicación.

De interés es también la actitud tomada por diversos comentaristas ante la tesis de que el estudio de la violencia es inoportuno y antipatriótico. Para éstos la política del “olvido” en el Frente Nacional es peligrosa, porque el Frente se hizo, entre otras cosas, para terminar la violencia. Y para hacerlo, como es obvio, debería encararla y desmenuzarla analíticamente, como un médico haría con una enfermedad o un cuerpo doliente. Según ellos, la posición del “olvido” lleva implícita la condonación de muchos crímenes y responsabilidades, hechos inadmisibles en un país progresista, cristiano y democrático que precisamente empieza a adquirir una aguda conciencia histórica. Escritores como Lozano Simonelli trataron de deslindar este proceso profiláctico y renovador, del ánimo pendenciero que acudía quisquillosamente a la “dignidad histórica” de los partidos. En efecto, Lozano escribió:

No parece cuerdo que la dignidad histórica del Partido Conservador, ni ninguna otra dignidad, pueda fundarse en negar errores del pasado. Con un propósito expreso de rectificación se hicieron los pactos de Benidorm y Sitges, que firmó el doctor Laureano Gómez,

y el del 20 de marzo, que firmaron los doctores Mariano Ospina Pérez y Guillermo León Valencia.⁸⁸

Muy pertinente es el siguiente aparte de Gonzalo Canal Ramírez, que vuelve a repetir el tema básico del libro *La violencia en Colombia*:

Lo mejor que el país puede hacer, en materia de soluciones para la violencia, es reconocer sinceramente los errores que todos hemos cometido en este campo [En esta materia] no podemos engañar a nadie sin engañarnos a nosotros mismos [...] ¿Quién podrá negar que sobre la violencia han incidido todos los intereses del país, desde los políticos y económicos hasta algunos falsamente religiosos? Pero una cosa es la recriminación retrospectiva, un imposible por ahora, en juicio de responsabilidades (la sociedad colombiana, en últimas, es la responsable) y otra un examen de conciencia sobre el fenómeno. Este sí necesario socialmente, porque la violencia no se aliviará si los colombianos no formamos una conciencia sobre ella.⁸⁹

Esta tesis fue sostenida también por *El Diario de Medellín*.⁹⁰ Y Armando Gómez Latorre añadió después:

[El libro sobre la violencia] se escribió porque es imposible curar al país de tan grave mal si no se conoce su historia clínica, la intimidad del proceso, la esencia de la tragedia y la consistencia del cuerpo social que debe recibir el tratamiento.⁹¹

Así tradujo su actitud amistosa frente al libro de la violencia.

b) *Hostil*. El papel del rival aparece con mayor frecuencia entre científicos sociales o intelectuales que no se convencen de los méritos de la publicación y comunican que prefieren otros

⁸⁸ *El Espectador*, 22 de diciembre de 1962.

⁸⁹ *El Tiempo*, 9 de noviembre de 1962.

⁹⁰ *El Diario de Medellín*, 20 de diciembre de 1962.

⁹¹ *El Tiempo*, 19 de mayo de 1963.

tipos de investigación, otras maneras de enfocar los problemas u otras hipótesis de trabajo. Cuando esta preferencia se expresa sin ofrecer alternativas concretas, resulta una actitud nihilista.

Juan Lozano y Lozano ofrece un caso interesante de hostilidad neutral. Para él el libro de la violencia no es sino un escape “para los bobos”,⁹² considera que todo lo dicho en el libro ya se sabía —y en mejor forma expresado— y para el uso de la sociología, que considera “ciencia melancólica”, no ofrece alternativas.

El sentimiento expresado en esta categoría puede resumirse en otro tema que se agitó durante la polémica sobre el libro, el de la causalidad de la violencia y la fecha de su iniciación. Para ello, varios científicos sociales e historiadores presentaron diversas teorías, todas las cuales demuestran nuevas maneras de enfocar el tema y tratar de debilitar, por extensión, el argumento presentado en el libro criticado. Helas aquí:

- La teoría de los pijaos: la agresividad de estos indios durante la época de la conquista española ha sobrevivido hasta hoy, y lo prueba el hecho de que la violencia es más intensa en las áreas que aquellos indios habitaban (José Francisco Socarrás).⁹³
- La teoría de la “guerra a muerte” y las guerras civiles: aquella consigna dada durante las gestas emancipadoras fue el comienzo de la violencia, una de cuyas expresiones es la contienda civil; antes sólo había la *pax hispana* (Jorge E. Gutiérrez Anzola).⁹⁴
- La teoría de los comunistas: sólo éstos tienen la culpa de la violencia, que obedece a consignas foráneas (Alonso Moncada).⁹⁵

⁹² *El Tiempo*, 1 de agosto de 1962.

⁹³ Conferencia dictada en Medellín, reproducida y comentada en *El Tiempo*, 23 de septiembre de 1962, pp. 1 y 3.

⁹⁴ Jorge Enrique Gutiérrez Anzola, *Violencia y justicia*, Bogotá, Tercer Mundo, 1962.

⁹⁵ Conferencias públicas dictadas en Bogotá y documentación aparecida luego en su libro *Un aspecto de la violencia*, Bogotá, Promotora Colombiana de Ediciones y Revistas, 1965. Las mismas tesis fueron repetidas por el reverendo padre Vicente Andrade Valderrama, s.j., en su artículo “El comunismo, principal responsable de la violencia en Colombia”, en *Revista Javeriana*, tomo L, No. 299, octubre de 1965, pp. 299-303.

- La “teoría Gorgona”: la agresividad es innata y se combate con sus mismas armas: de allí que para terminar con la violencia se haga necesario adiestrar a reclusos escogidos del presidio de la isla Gorgona para que actúen como contraguerrillas en las áreas afectadas (Horacio Gómez Aristizábal).⁹⁶

- La teoría de la normalidad: que la violencia es acaecer normal, pues aparece en otros pueblos y en toda época (Roberto Urdaneta Arbeláez).⁹⁷

Otro tema también es pertinente aquí: el de la inoportunidad de la publicación del libro. En este caso no se imputa necesariamente que no se deba estudiar la violencia, y por ello no se adoptan actitudes de superioridad ni de inferioridad. Sólo se adopta la actitud escapista nihilista que exige, “ahora no, sino después”, aunque sin sugerir los caminos para entender mejor el fenómeno estudiado.

Casi desde la aparición del libro, se dejaron oír algunas voces de desaprobación, por considerar que con él se agitaba la opinión y se reanudaban polémicas que harían peligrar el Frente Nacional. El propio ministro de Gobierno, doctor Fernando Londoño y Londoño, sostuvo en el Congreso que el Frente Nacional se había hecho para no volver a hablar de la violencia,⁹⁸ tesis repetida por el ex presidente doctor Ospina Pérez, quien añadía que no se debían analizar los orígenes y responsabilidades de la misma.⁹⁹

Al desarrollarse la polémica se afirmaron aquellos conceptos con declaraciones como que “la historia no tiene que ver con nuestros odios y con nuestras esperanzas”;¹⁰⁰ “no es tiempo de realizar [este debate] porque muchos de los actores están vivos e

⁹⁶ Horacio Gómez Aristizábal, *Teoría Gorgona: causación de la violencia y estructuración de un sistema para erradicarla*, Bogotá, Iqueima, 1962.

⁹⁷ *La República*, 2 de diciembre de 1962.

⁹⁸ *Anales del Congreso*, 21 de julio de 1962, p. 599.

⁹⁹ *La República*, 5 de agosto de 1962.

¹⁰⁰ *La República*, 24 de septiembre de 1962.

interesados en defenderse de las acusaciones”;¹⁰¹ que estas polémicas no le sirven al Frente Nacional, y “un estudio a fondo sólo sirve para exaltar los ánimos”.¹⁰² Una exhortación del señor cardenal arzobispo de Bogotá, en el sentido de que opinaba no ser ésta la “hora de recriminaciones ni es éste el momento de hacer la historia de los luctuosos acontecimientos que hemos vivido”,¹⁰³ se interpretó como condenatoria del libro. Y el padre González terminaba su crítica lamentando la aparición de la obra, porque ésta es “una incitación al resentimiento, a la cólera, a la renovación de las pasadas recriminaciones, al sectarismo político”.¹⁰⁴ Estas opiniones fueron llevando poco a poco a la declaración de directores de periódicos ya comentada, y que confirma las características de la categoría que discutimos.

ESTRATO DE INFERIORIDAD

a) *Amistoso*. La actitud pietista lleva a un sentido de admiración por los elementos simbólicos de la ciencia social, especialmente por sus estadísticas, medidas y conceptos, lo cual va implícito en el rol filial. Éste se justifica por el sentido de pertenencia al conjunto de científicos sociales que en el momento son personeros y que pueden representar, para el reseñador, un grupo de referencia.

Algo de esto puede encontrarse en el comentario de *El Espectador* del 7 de octubre de 1962. Pero mucho más claramente se aprecia en el del 19 de agosto, en el mismo periódico. La utilización de los conceptos sociológicos, los méritos que recalcan los comentaristas en la ciencia social y la fe en su utilidad se traducen en varios sitios de esas reseñas.

¹⁰¹ *El Colombiano*, Medellín, 28 de septiembre de 1962.

¹⁰² *La República*, 24 y 27 de septiembre de 1962.

¹⁰³ *El Siglo*, 3 de octubre de 1962.

¹⁰⁴ Miguel Ángel González, “La violencia en Colombia: análisis de un libro”, *op. cit.*, p. 319.

b) *Hostil*. El rol infantil se basa en el afán de hacer aparecer la ignorancia como sabiduría, mediante la utilización de estereotipos. Por la actitud escapista que le acompaña, se llega al expediente de apelar a autoridades que deben saber más, lo cual elimina la necesidad de hacer críticas específicas al libro, afiliando al comentarista con la autoridad superior que invoca; esto es útil para mantener incólume la imagen personal frente al reto que aquél quiere contestar, pero que no sabe cómo hacerlo.¹⁰⁵

Los adeptos a la hostilidad con sensación de inferioridad tienden a reunir sus defensas alrededor de frases de cliché y estereotipos que se justifican en las sociedades de masas y por los medios masivos de comunicación. Exigen la aplicación práctica del conocimiento o abogan por su sanción moral; ello porque tales comentaristas tienen autoimágenes profesionales o vocacionales que no incluyen una metodología sistemática o explícita y buscan siempre lo que es de utilidad o conveniencia práctica.¹⁰⁶

Los materiales analizados indican la presencia de esta categoría en muchos de los comentaristas periodísticos y en otros estudios incluidos en revistas. En efecto, típico de estas actitudes son las crónicas en que se alude a la sociología como “argot fingido”, “vocablos vanos”, “acumulación de fruslerías”.¹⁰⁷ Esto lo basan los comentaristas en el hecho de que el padre González consideró en su estudio como “desórdenes de lenguaje” los conceptos elementales o básicos de sociología que aparecen en el libro de la violencia, especialmente en el último capítulo. Confirma el marco del estrato de inferioridad la apelación a Pitirim Sorokin que como a autoridad superior hace el padre González repetidas veces, aunque sólo del libro *Achaques y manías*. En la misma categoría se clasifica la reacción que produjo el “Historial” de López de Mesa y los insultos del tipo “Monstruo Guzmán”, “biólogo de la sardina”, “viejo maniqueísta” y “oficial envenenado”.

¹⁰⁵ Véase Daniel Lerner, “The American Soldier and the Public”, *op. cit.*, p. 229.

¹⁰⁶ *Ibid.*, pp. 223, 243-245.

¹⁰⁷ *El Siglo*, 25 de septiembre de 1962.

Pertinente para estudiar este tipo de hostilidad infantil-esca-pista con sensación de inferioridad es la forma como los comen-taristas manejan el concepto de *ciencia*. Para ello parten de una definición ofrecida por el reseñador de la *Revista Javeriana*, que refleja el afán moralista y utilitario. Dice así: “Una investigación sociológica, para que sea verdadera, además de ser auténtica-mente científica, debe ser ante todo moralmente justa, útil para un fin honesto y constructiva en relación al bien particular o al bien común de la sociedad”.¹⁰⁸ De esta forma, el editorial de *El Siglo* del 20 de septiembre estipula dos razones principales para considerar que el libro sobre la violencia no es científico, sino sec-tario: a) porque en su prólogo se agradece a los bandoleros por no haber matado a los investigadores; y b) porque en el capítulo final el arsenal de vocablos técnicos se usa para imputar todos los crímenes al conservatismo, el Ejército, la Policía y el Gobierno.¹⁰⁹ Y días después se expresa así: “El mérito de toda obra científica se juzga por su finalidad y resultados. El esfuerzo y dificultades de sus autores no agrega nada al valor objetivo; es necesario que sea buena, útil y resultará laudable si produce efectos benéficos”.¹¹⁰

El afán de demostrar falta de ciencia en el libro llevó a algu-nos comentaristas a citarlo fuera de contexto, a quitar o poner comillas a su acomodo y a mutilar palabras esenciales (como el prefijo “auto” de “autoconstituyen”).¹¹¹ Así, se trata de probar además que los autores comparten expresiones tomadas de libros diferentes y aun decires de bandoleros.¹¹² Hay otros argumentos: que la valoración de los criminales “no puede hacerse pasar por sociología”;¹¹³ que no hay “voluntad de encontrar la verdad” si-

¹⁰⁸ Miguel Ángel González, “La violencia en Colombia: análisis de un libro”, *op. cit.*, pp. 318-319.

¹⁰⁹ *El Siglo*, 20 de septiembre de 1962.

¹¹⁰ *El Siglo*, 25 de septiembre de 1962.

¹¹¹ Véase Miguel Ángel González, “La violencia en Colombia: análisis de un libro”, *op. cit.*, p. 301.

¹¹² *La Patria*, 23 de septiembre de 1962; *El Siglo*, 28 de septiembre de 1962.

¹¹³ *La República*, 23 de septiembre de 1962.

no, por el contrario, de implantar la mentira por las “premisas falsas de que se partió”;¹¹⁴ que se emplean fuentes “sin crítica alguna”, especialmente lo afirmado por bandoleros; que se usan novelas sectarias, quejas de víctimas, volantes anónimos, etc.; que se acude al “archivo personal” del autor principal.¹¹⁵ Sobre estas fuentes, *La República*, siguiendo al padre González, insiste en que no son autorizadas la revista *Semana*, *El Tiempo*, *El Espectador*, discursos y mensajes liberales o del Comité Central Comunista, “ni el archivo de un sacerdote excomulgado” (el padre Fidel Bladón), ni las declaraciones de los criminales y de las víctimas de la violencia, olvidando que el libro tiene también citas de obras del bando opuesto.¹¹⁶ Al archivo de monseñor Guzmán (una valiosa colección de documentos recogidos a través de muchos años, y tal vez de lo más completo sobre el tema en Colombia) lo declaran arbitrariamente inexistente o como una excusa para autocitarse, lo cual sería “corte de *obscurum per obscurius*”.

Una campaña de este tipo debía llevar a desacreditar la profesión y las escuelas sociológicas. Y así ocurrió, en efecto. Ya se ha visto la opinión de algunos comentaristas al respecto. En adelante, la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional sería “una amenaza que ayuda al sectarismo y a la deformación de la verdad”;¹¹⁷ “la sociología y los sociólogos le van a crear al país un problema de orden público” con ocasión del Primer Congreso Nacional de Sociología, que para entonces lo anunciaba la asociación colombiana del ramo;¹¹⁸ la sociología se ha convertido en “expediente cómodo del liberalismo contra los conservadores”;¹¹⁹ y el libro sobre la violencia es “otra ráfaga del eterno olimpo liberal”.¹²⁰ Curioso es ver, sin embargo, que

¹¹⁴ *El Siglo*, 20 de septiembre de 1962.

¹¹⁵ *Ibid.*

¹¹⁶ *La República*, 24 de septiembre de 1962.

¹¹⁷ *El Siglo*, 2 de octubre de 1962.

¹¹⁸ *Ibid.*

¹¹⁹ *Ibid.*

¹²⁰ *El Siglo*, 26 de agosto de 1962.

al coronel Valencia se le echa en cara precisamente su falta de “erudición en materias sociológicas” para destruir su concepto.

Puede verse cómo se confirman en este caso las categorías expuestas. Al moverse la discusión al campo de símbolos doctrinales, se salta al uso del cliché. Las reseñas hostiles de este tipo infantil-escapista indican que la imagen personal producida por el libro de la violencia se encuentra agredida por un estímulo nuevo e inopinado, el de la ciencia social, personificado en los autores y en la facultad respectiva. En actitud defensiva, los reseñadores tienden entonces a emplear estereotipos, como el de “desórdenes de lenguaje”. Pero resalta otra actitud: la de defender el ego apelando al prestigio de otro. En este caso los nombres invocados refuerzan el ego estropeado y revelan no sólo su nivel de información sino su nivel de aspiración.

ACTITUDES Y ESTRUCTURAS

Aunque las categorías binómicas aquí estudiadas puedan ser de vigencia universal en las condiciones estipuladas, es interesante relacionar la determinación e incidencia de ellas con la estructura social de nuestro país. Las actitudes y los roles resultantes de la prueba efectuada llevan a una conclusión general: que la reacción eminentemente emotiva ante la publicación del libro de la violencia estuvo dirigida a preservar sistemas particulares y estructuras existentes por el solo hecho de su existencia, así fueran ellas obsoletas, discutibles o inconvenientes para el país en general. En este caso se tendió a pensar más en razón del grupo o del interés específico que en la del beneficio colectivo representado en la consciente represión de la violencia como enfermedad nacional. Se puede llegar a otra conclusión: que el libro, al no producir todo el efecto esperado por los autores en cuanto a la profilaxis y prevención de la violencia, se tornó en una herramienta de sondeo de la opinión pública y de la conformación de actitudes de la clase dirigente nacional. Y logró descubrir algo parecido a una estructura bifuncional: por una parte, el aspecto manifiesto de la política de convivencia de los partidos, que lleva a adoptar pos-

turas de paz y a manifestar propósitos de acuerdo y armonía en pro de la patria; y por otra, el aspecto latente de la organización partidista tradicional, donde sigue primando el sectarismo hipócrita, listo a expresarse en forma violenta o agresiva.

El análisis tiende a demostrar que en las elites intelectuales y dirigentes existe un entendimiento tácito, un *gentlemen's agreement* que evita la confrontación y promueve el olvido —así sea artificial— de la violencia; pero que tiene como resultado, no la terminación del flagelo, sino la represión subconsciente de su realidad, o la desviación de ésta hacia otras formas de expresar manifiestamente la agresividad, y a veces hacia alguna sublimación. Esta paz precaria es posible por la acomodación política y social del momento, pero como en toda condición de equilibrio inestable, resulta difícil de mantener. Por lo mismo, la violencia se encuentra tan latente en estos medios privilegiados como en los medios campesinos, aunque los instrumentos de expresión sean distintos.

Pruébelo, si no, el caso de la publicación de *La violencia en Colombia*. Producida en momentos de tránsito gubernamental, tuvo como efecto visible sacudir por sus cimientos la enclenque tranquilidad en que estaba sumida la sociedad colombiana. Ante el reto del libro se abrieron diversos cauces para expresar la agresividad reprimida, o la violencia y el sectarismo latentes, efectos que demostraron la fuerza de la enfermedad que padece el país, aún en las clases intelectuales y dirigentes, donde su agudez no debería ser tan primaria. La agresión fue progresando sucesivamente, por etapas, buscando diversos canales de expresión. Parte de ella al principio se dirigió al libro mismo, como primera meta y la más obvia; luego a los autores y a los defensores del libro, una vez que se consumió la primera etapa; finalizado el combustible de la segunda, o encontrado diques suficientes, la agresión tomó nuevo curso, dirigiéndose entonces a atacar la ciencia sociológica y, como última meta, a la facultad y a la asociación que la representan en Colombia. Todo esto —más otros ejemplos de interés— indica la vigencia actual de la violencia y el sectarismo en las urbes y medios directivos, y que tanto la una

como el otro han entrado en una peligrosa etapa latente que lleva la semilla de futuros problemas sociales. Porque no se prefiere reconocer conscientemente su existencia —síntoma mucho más saludable—, sino que se recurre a negarla verbal y mentalmente, racionalizando quizás así la inercia culpable de no poder actuar eficazmente en la solución de los problemas básicos de estructura que están en la raíz del fenómeno. Pues mientras no se resuelvan tales problemas, seguirá la violencia en sus múltiples formas.¹²¹

En este estilo, ante el impacto del libro, se escurren las inteligencias hacia las categorías tradicionales, así sea para defenderlas *à outrance* como para racionalizar las actuaciones de los personajes grupales, coadyuvando así en la formación o preservación de los mitos políticos. Más involucradas como están a otras partes de la estructura social, aquellas actuaciones llevan implícitos aspectos religiosos y económicos importantes que enfatizan el tradicionalismo y que destacan elementos primarios del tipo de “sociedad folk” que en nuestro medio va quedando rezagada. En últimas, el libro de la violencia fue un claro detector de elementos de consistencia adamantina en la estructura social que van provocando lo que William Ogburn ha identificado como “retardo cultural”, es decir, el desajuste que ocurre cuando instituciones sociales conexas van cambiando de funciones y estructuras a velocidades distintas, por encontrar diversas resistencias. Partes de la estructura social nacional han avanzado acordes con presiones ejercidas por fuerzas externas que han transformado ya muchos países; otras partes de la estructura se han quedado inarmónicamente atrás, como eran en el siglo XIX. La reacción pública hacia el libro destacó precisamente aquella porción política tradicional (multipartidista) que condiciona la existencia de las estructuras nacionales a sus determinadas filosofías y metas, filosofías y metas que en la práctica han quedado cortas ante lo que realmente aspira el país. Esto confirma que en Colombia todavía estamos lejos de llegar a un consenso adecuado sobre lo que debe ser el país o sobre su propósito nacional, signo de su madurez social,

¹²¹ Al respecto véase el último capítulo del tomo I de *La violencia en Colombia*.

política y económica dentro del actual contexto de transformación mundial.

Esta sobrevivencia de actitudes políticas tradicionales es incongruente con la realidad del cambio socioeconómico parcialmente alcanzado. El país puede estar sufriendo las consecuencias de este “retardo cultural”: la persistencia de la violencia, el sectarismo y la agresión, en efecto, son síntomas elocuentes. Aquel tipo de resistencia al cambio impide, por ejemplo, que ni aun por las campañas cívicas y políticas se logren determinar las raíces concretas de la violencia en cada lugar y se proceda a extirparlas. Y en cambio, el tradicionalismo de esta clase, con los intereses creados, lleva a adoptar posiciones polémicas por las cuales se trata de demostrar que ninguno tuvo la culpa de nada, recurriendo a cortinas de humo para atenuar los perfiles de la evidencia. La “dignidad de los partidos” se vuelve así un tótem que tiende a preservar por subterfugios dialécticos determinadas partes de la estructura tradicional, y especialmente de la institución política, que es precisamente una de las más retardadas con relación a las instituciones que, como las económicas, se han transformado en nuestro medio.

Sólo dentro de este contexto de inercia y retardo cultural se puede entender en toda su lógica por qué las actitudes pietistas se hubieran extremado a veces. E igualmente, por la existencia de la estructura bifuncional arriba mencionada, con sus aspectos manifiestos y latentes, es entendible que se hubiera echado por la borda mucho de la objetividad para el examen del problema de la violencia pedida por el mismo libro, evitando la autocritica que, a fin de cuentas, debía ser el mejor de los síntomas que indicara la curación de las llagas de nuestro cuerpo social y nuestra mayoría de edad como nación moderna.

VI

Son muchas las personas que han colaborado para que la presente edición del segundo tomo de *La violencia en Colombia* sea una realidad. Sería largo enumerarlas, y aunque no las mencionemos

específicamente, deberán saber que cuentan con el perenne agradecimiento de los autores. Esperamos que nuestro esfuerzo sea de utilidad para el país, hoy más que nunca necesitado de entender lo que sufre y de dejar atrás definitivamente el lastre de la violencia.

No nos abriga ninguna duda de que el país podrá superar esta etapa de confusión e ignominia. Tarde o temprano el sol de la nueva Colombia calentará nuestros huesos. A la pujante generación que debe redimirnos, la que corregirá la bíblica profecía, dedicamos con esperanza la presente obra.

Bogotá, diciembre de 1963